

inaudito que hizo exclamar á San Ambrosio: «Jesucristo, no solamente se encarna, sino que renace en el Santísimo Sacramento» (1).

Pero Jesucristo se hizo hombre para poder morir por el hombre, y habiéndose sacrificado una vez en el Calvario, quiso continuar sacrificándose diariamente y sin cesar hasta la consumación de los siglos, y este continuo sacrificio es la santa Misa. La santa Misa, por tanto, es la repetición constante del sacrificio único y verdadero que se realizó en la cima del Gólgota: es Jesucristo ofreciéndose á sí mismo por el ministerio del sacerdote.

¿Qué fines se propone en ello nuestro divino Salvador? Ya lo hemos indicado arriba. Como el sacrificio de la Eucaristía reemplazó por sí solo á todos los antiguos sacrificios, es ofrecido por los mismos fines que aquéllos, á saber: *para dar gloria á Dios, para darle gracias, para pedirle beneficios*, á lo cual se agrega un cuarto fin, que es *renovar la memoria de su Pasión sacratísima*, según aquel mandato de Cristo: *Haced esto en memoria mía*.

12. Pues bien; estos fines por sí mismos están mostrando al mundo entero la sublime excelencia del santo sacrificio de la Misa. Por él tributamos á Dios la honra y las adoraciones infinitas que le son debidas, puesto que es su mismo unigénito Hijo quien se ofrece por nosotros. Le reconocemos como *Ser infinito* en grandeza y en perfección; porque únicamente á Dios se le puede ofrecer un Dios. Le reconocemos como el *Ser santo* por excelencia, pues á El solo se le puede ofrecer una Víctima sin tacha, cual es Jesucristo. Le reconocemos como primer principio y fin último de todas las cosas; porque la vida viene de El, y á El la devolvemos. Le reconocemos como *Señor y dueño supremo* que lo domina todo, que todo lo gobierna, que todo lo da y que El no tiene necesidad de nada ni de nadie.» Por este Sacrificio, no sólo ofrecemos nosotros al Eterno Padre la Víctima más noble y más digna de su majestad y más agradable á su amor; que es su propio Hijo, sino que esta Víctima se ofrece ella misma sobre el altar, en nuestro nombre, con la misma humildad profunda, con la misma reverencia devota, con la misma obediencia perfecta y con la misma caridad infinita con que se ofreció en la cruz. ¡Cuánta maravilla, cuánta excelcitud, y cuánta gloria recibe el Hacedor supremo en cada una de las Misas!

13. ¿Y qué diremos de la *acción de gracias* que el santo Sacri-

(1) Natus mundo, renascitur sacramentis.

ficio encierra? Para que nosotros podamos agradecer dignamente los innumerables beneficios que Dios nos ha hecho y nos está haciendo cada día, es preciso que las palabras que expresen nuestro reconocimiento y los dones que retornemos al Señor correspondan á la alteza de sus dádivas y al amor infinito con que nos las prodiga. Los bienes de naturaleza que le debemos, son grandiosos; los de gracia, inmensos; el darnos á su único Hijo para redimirnos, excede toda ponderación. El ordenar todas las criaturas para nuestro uso, los ángeles para nuestra ayuda, la Virgen Santísima por Madre, la Iglesia por guía, el Espíritu Santo por Maestro... ¡y todo con infinito amor! ¿Qué hombre será capaz de agradecerlo, y menos de pagarlo, cuando ni aun siquiera somos capaces de comprenderlo? *¿Qué retribuiremos al Señor por todo lo que nos ha dado?* (1).

¡Ah! Cristo nuestro bien lo sabe todo, sabe lo que á Dios debemos, sabe nuestra indigencia, sabe la dilección infinita que el Señor nos tiene, sabe que no podemos pagarlo, ni agradecerlo jamás, y deseando compensarlo todo y que todo quede plenamente agradecido, toma la demanda en nuestro favor, y lo hace como quien es, en la santa Misa, ofreciéndose como Víctima infinita en retorno de sus infinitos dones. Dios ofreciéndose á Dios: este el medio único para nuestro perfecto agradecimiento.

14. Es más; nosotros nos hallamos pobres en muchas cosas y maneras, en lo temporal y en lo eterno, en lo corporal y en lo espiritual, ni aun acertamos á saber lo que nos conviene; más Jesús lo sabe, Jesús quiere remediarlo, Jesús lo impetra eficazmente en la santa Misa, y siempre es escuchado del Padre á causa de su naturaleza divina: *Yo soy—dice—el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo*. (Joann., I, 29); y desde el altar ruega á su Eterno Padre, de igual manera que lo hizo en la cruz: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*. (Luc., XXIII, 34.)

Pues bien; si nosotros nos unimos á Cristo en el Santo Sacrificio, si además nos hallamos unidos á la Iglesia y por la inspiración del Espíritu Santo le ofrecemos por nuestros pecados y por los de todos y cada uno de los fieles, ¿es posible imaginar que seamos desatendidos? ¿Es posible que el Padre no acepte gustoso la ofrenda del Cordero inmaculado, cuya sangre borra los pecados de todo el universo? ¡Ah! No se puede dudar que Dios nos será propicio y que obtendremos todas las gracias; porque la Misa es la

(1) Qui retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?

súplica *más poderosa*, como hecha por un Hombre-Dios; la súplica *más universal*, puesto que se extiende á todos los tiempos, á todas las personas, á todas las necesidades, ya del cuerpo, ya del alma, ya del corazón; la súplica *más fácil*; porque basta unirnos á Jesucristo, ó al sacerdote que en su nombre consagra y ora.

Ya se comprende que la Misa, por sí misma, no perdona los pecados, pues para eso instituyó el Señor el sacramento de la Penitencia; pero si decimos, con el santo Concilio de Trento, que el Santo Sacrificio, ofrecido á Dios con el sentimiento de una verdadera fe, de un temor saludable, de una humilde reverencia y de un arrepentimiento sincero, atrae sobre nosotros la misericordia divina, nos alcanza el don de la verdadera contrición, el espíritu de penitencia y la gracia de cumplir todas sus condiciones, inclusa la de la confesión, y de este modo nos prepara y nos asegura el perdón de los pecados.

15. Por último, si á estos fines se agrega que en la santa Misa se trae á la memoria la Pasión de Jesucristo, que la mente se llena de gracia y que se nos da una garantía de la gloria futura, imagínese el cristiano cuán grande cosa sea el Sacrificio Eucarístico, aun suponiendo que no se considere más que por *los fines de su institución*.

Queda, pues, á grandes rasgos trazada la grandeza de la santa Misa, ya por el significado de su mismo nombre, ya por la dignidad de la persona que la ofrece, ya por la divina víctima que es ofrecida, ya por ser Dios á quien se encamina, y ya por el modo con que se ofrece. Todo esto resalta más si se consideran los altísimos fines que el Señor se propuso en la institución de tan augusto Sacrificio; pues por él, según hemos considerado, se tributa á la majestad infinita de Dios el culto que le es debido, se ofrece á su bondad la acción de gracias más perfecta, se implora y se obtiene el perdón de los pecados, se solicitan y se alcanzan todos los auxilios y todas las gracias espirituales y corporales. Con razón se ha dicho que *el Sacrificio del altar reúne en sí la virtud, la eficacia, el mérito y la gloria de todos los sacrificios*. «De este modo la Eucaristía, como sacrificio, ha simplificado el culto, y al simplificarlo lo ha ennoblecido, lo ha completado y lo ha perfeccionado. Por consiguiente, la Eucaristía es la gloria de la Iglesia, el consuelo y las delicias del alma fiel, la verdadera arca de nuestros santuarios, el más bello ornamento, el más rico y el más precioso de nuestros templos.» (Raulica, Confer. XX.)

CAPÍTULO XXV

Declárase la excelencia de la santa Misa por sus efectos.

1. La Misa aprovecha á todos los hombres — 2. Cuál sea el Corazón de Jesús en la santa Misa.

La santa Misa—dijo San Francisco de Sales—es el sol de las devociones, porque ante ella desaparecen las demás, como las estrellas al dejarse ver el hermoso astro del día. Hemos visto un emblema que expresa bien este pensamiento; figuran en él una serpiente y una paloma, un águila y un mochuelo, un cordero y un lobo, y en lo alto el sol iluminando benéfico á todos, con esta inscripción: *Super bonos et malos* (1); como diciendo: El Sacrificio Eucarístico es como el sol, que derrama sus bienes sobre todos los hombres, buenos y malos; sobre los astutos, como la serpiente, y sobre los sencillos, como las palomas; sobre las águilas de la ciencia y sobre los mochuelos de la ignorancia; sobre los feroces como lobos y sobre los mansos como corderos. En el emblema no hay estrellas, pero sí un rótulo que dice: *Venite ad me omnes... et ego reficiam vos. Venid á mí todos, que yo os aliviare*.

2. Verdaderamente así es el Corazón de Jesús en el Santo Sacrificio; allí se ostenta amoroso y misericordioso hasta lo infinito, como figura de la substancia del Padre, y haciendo bien á todos para salvar á todos. A la manera que el sol, benéfico para todos los hombres, no se concreta á este ó al otro lado del firmamento, sino que, agitándose en los espacios, reparte su luz y su calor cada día á las cuatro partes del mundo y á todas las criaturas, de esta, de la otra y de todas las especies, así también el Sol místico de la Iglesia católica, ó sea el *Corazón sacratísimo de Jesús* en la santa misa, con misericordia infinita, ilumina y regocija á los entendimientos de todos los seres racionales, tanto á los

(1) Ginther: *Speculum amoris*, Considerat. XVI.